

VIDA DE POETA

Conocí a Carlos Edmundo de Ory por intermedio de mi profesor, el poeta valdepeñero Juan Alcaide Sánchez. Alcaide, era un ser novelesco —un poco de novela azoriniana por la superficie de su medio y sus costumbres— un hombre que sostenía a su madre y su tía en una casa manchega de patio verdeazulado, por la sombra de hiedras, arbustos, macetas y el toldo, de tradición romana, que velaba aquel patio de un ensueño muy veintisetista —de la generación del veintisiete— donde lo moderno europeo se aliaba a lo muy vernáculo, muy localista. Alcaide me dijo un día que estaba yo en su casa de visita —pues ya vivía en Madrid— que había conocido a un poeta joven de un prodigioso talento lírico, un vero trasunto de Rimbaud. Ory —el bello nombre impuesto por el destino— tenía para Alcaide el cultamente elaborado prestigio del joven artista inconforme, que salva la poesía a la vez que inspira, de la inspiración que le sobra, a sus amigos; una especie de joven dios inteligente y travieso como Hermes. Dijo que yo podría ponerme en contacto con él y sus amigos, los “postistas”.

¿Quiénes eran los postistas? aunque no quedó mal explicado —pues ya habían publicado un manifiesto— se habló mas de Carlos Edmundo de Ory que de los postistas. Por otra parte, Carlos se denominaba así.

Cuando en Madrid, en unos salones de la Biblioteca Nacional, conocí a Carlos Edmundo, los dos iniciábamos sin saberlo un tramo importante y difícil en nuestro destino: la presentadora de esa exposición, la italiana amiga de Moravia, Milena Milani, habló de nosotros dos a un tal doctor Piterbac, médico o homeópata residente en Argentina, de ascendencia judía, muy inclinado al arte y a la literatura, que acababa de llegar de París. Piterbac había preguntado a Milena qué gentes le parecían interesantes entre los jóvenes artistas que iba conociendo en Madrid. Milena le señaló a nosotros dos y Piterbac vino a vernos. Carlos había comenzado a vivir en casa de mi madre, porque esto que les cuento sucedió unos meses más tarde de nuestro encuentro y lo he contado inmediatamente para que veamos hasta qué punto la iniciación de ese tramo importante y difícil en nuestras vidas no es, dicho por mi parte, ninguna superchería. Dos jóvenes artistas un poco extraños se enamoran de una forma pura y, a la vez muy exaltada, y su choque, la llama psíquica que emana de ese choque, produce un largo girón de destino que van a compartir los dos. Ello es una bonita historia romántica, pues al visitarnos Piterbac, este decidió acordarnos a los dos una beca para que nos largásemos a París; nos daría cartas para las personas más o menos importantes que él conocía allí. Recuerdo bien que nos habló de Artaud muerto hacía unos meses, como de alguien a quien él habría tratado de cerca —los argentinos, en este terreno, no son fiables. La bellísima Milena Milani, una Victoria de Samotracia con cabeza, sí que vino a resultar en esta historia mágica una hipermusa, que a la vez que inspira, arregla un viaje a París.

Cuando nos conocimos Carlos y yo en aquella exposición, a partir de aquel momento apenas nos separábamos unas cuantas horas al día. Todo era charlar y hacer locuras. Vivíamos una gran pasión amistosa que hasta podía parecer homosexual. Si lo hubiera sido, no hubiera resultado tan intenso ni tan original. Ni tan durable, claro está.

Carlos se llevaba muy mal con sus hermanos y hasta se pegaba de un modo inclemente. Los Ory estaban un poco locos. Carlos lo estaba más. Vivía la vida de un poeta más compulsiva que se puede dar. Una vida condenadamente intensa. La relación con los de su casa se agravó tanto que acordamos que se vendría a vivir a la mía. Transportamos un armario estrechito con la tapa de persiana abatible donde guardaba sus más queridos fetiches y su descomunal, genial y desigual obra poética. Se instaló allí y aquella misma noche lo conoció mi madre que entraba de hacer sus compras subido, en actitud búdica encima de un piano. Mi hermano Ignacio, músico de gran talento ya entonces, interpretaba un Debussy inventado y surrealista. Mi hermano menor se sumó al núcleo de locura y la casa se convirtió en un foco de maravillosa energía inútil. Energía que contaminaba nuestro entorno. Personas que hoy sabemos famosísimas, entonces gentes que comenzaban, pasaban por mi casa atraídas por ese huracán que se producía alrededor de una mesa camilla de las de entonces. Las gentes pensaban algo que pudiera ser cierto: que algo muy moderno se estaba cocinando allí. Quienes de verdad entraban en el secreto de aquella locura demostraban tener talento, imaginación de poeta. Nuestras “chicas” también eran interesantes: Emilia Vadente, Pura de Madariaga... Nuestras teorías también resultaron aceptadas: el postismo era, en realidad, postmodernidad. Superábamos la circunstancia política